

LOS ENEMIGOS DE LOS LIBROS



William Blades

LOS ENEMIGOS DE LOS LIBROS

Contra la biblioclastia, la ignorancia
y otras bibliopatías

Prólogo de
Andrés Trapiello

Epílogo de
Javier Jiménez

Traducción y notas de
Amelia Pérez de Villar

William Blades

fórcola

Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Libros entre rejas, Abbey Library, St. Gallen, Suiza.

© Stuart Dee/robertharding/Corbis

Título original:

The Enemies of Books (London, Elliot Stock, 1880-1896)

© Del prólogo, Andrés Trapiello, 2016

© Del epílogo, Javier Jiménez, 2016

© De la traducción y notas,
Amelia Pérez de Villar, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-84-2016

ISBN: 978-84-16247-55-4

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

Dedicado a los bibliómanos, bibliófilos y bibliofrénicos, y con una especial maldición contra los bibliópatas y biblioclastas.

EL EDITOR



William Blades

Andrés Trapiello

WILLIAM BLADES fue un bibliógrafo inglés que al parecer tuvo también pujos de bibliófilo. Hoy es conocido sobre todo por haber sido el primero en catalogar y estudiar el acervo caxtoniano, o conjunto de libros impresos por William Caxton. Fue éste un mercader al uso del siglo xv, es decir, mercadeaba con un poco de todo, y andando en esas mercaderías, por los Países Bajos, llegó a su conocimiento la invención de la imprenta; aprendió el oficio de tipógrafo en Brujas, dejó el oficio de mercader y se hizo impresor y editor, pasando a la historia por ser el primero en instalar una imprenta en Inglaterra. Blades, que rastreó por todo el mundo los rarísimos incunables que salieron de las prensas de Caxton y descubrió muchos que no pasaban por suyos, cuenta su vida como sólo saben hacerlo los historiadores ingleses, con amenidad y seriedad al mismo tiempo.

Blades despliega esas mismas dotes en este libro delicioso. Se ve que era hombre curioso de variados saberes relacionados con dos o tres musas, y aunque está profundamente convencido de la utilidad de los conocimientos y amenas erudiciones que tachonan estas páginas, tampoco quiere pasar por un excéntrico ni un maniático.

Al ser un inglés del siglo xix tenía una gran fe en el progreso, pero al no llegar a conocer el xx no le dio tiempo a desengañarse. El progreso pasaba, en lo que a él concernía, por la conservación de los libros. Ciertamente vivió en una época que no tenía mucho aprecio por los libros o por lo menos no la estima indiscriminada y de gran peralte en que se les tiene hoy. Así que estaba convencido de que la filantropía pasaba

por buscar libros viejos en los establos de la campiña inglesa y mantenerlos alejados de la polilla.

Dedicó Blades a ese asunto de la conservación de los libros viejos este decálogo donde se especifican, a grandes rasgos, sus principales enemigos: el fuego; el agua; el gas y el calor; el polvo y el abandono; la ignorancia y el fanatismo; la polilla; los ratones y otras plagas; los encuadernadores; los bibliófilos... y los niños. Es, como puede verse, un decálogo mal contado, porque mete en alguno de esos apartados dos y tres asuntos diferentes.

Como quiera que sea, no llega uno a comprender por qué razón Blades no incluye aquí el que para mí es el principal enemigo de los libros: el autor, por no hablar del tiempo y el uso, que si no son sus enemigos, son una de las razones de su inexorable acabamiento. Si los autores fueran mejores de lo que lo son, y se respetaran un poco más a sí mismos no escribiendo más que libros buenos, probablemente se les tendría en mejor consideración y la gente no llevaría sus obras a los establos, sino que los tendrían entronizados en un lugar preferente de la casa. En cuanto al tiempo y el uso, lo dejo para el final de este prólogo.

Blades sabe muchas historias de libros. Las historias de libros se parecen casi todas mucho: bibliotecas famosas que se venden; libros que, impresos con tintas venenosas, matan misteriosamente a los lectores que los abren por primera vez; almonedas de ejemplares rarísimos vendidos por unos cuantos chelines en una lejanísima alquería; tratados de valor incalculable pudriéndose lentamente en monasterios de monjes ignaros... Muchas de ellas Blades las sabe como las saben los bibliófilos: por transmisión oral, como las leyendas de la Edad de Oro. Otras las ha vivido personalmente. Unas y otras parecen haber sucedido ayer, desde la que se cuenta en los Hechos de los Apóstoles, 19:34 (el precedente de las quemaduras de libros de la Inquisición), hasta la fastuosa historia del buhonero que compró al peso un valioso alijo bibliográfico o la venta de cierta biblioteca en el condado de Derbyshire.

Aunque el lector español no esté familiarizado con la edición de los *Cuentos de Canterbury* de Caxton, o el *Boke of St. Albans*, el *Decamerón bibliográfico* de Dibdin o la primera edición de *The Golden Legend*, se hará inmediatamente a la idea de que le están hablando de El Dorado, es decir, de ejemplares tan míticos como el unicornio. Esas historias son parecidas también en todas las culturas donde haya una tradición de libros y bibliotecas. Para mí ha sido especialmente hilarante e instructivo el capítulo dedicado a la polilla, algo que sólo pudo haber escrito un admirador de Darwin. Debiera figurar en todas las antologías del llamado humor inglés. De ese capítulo extraigo este párrafo: «En diciembre de 1879 el señor Birdsall, un conocido encuadernador de Northampton, tuvo la amabilidad de enviarme por correo un gusano bien gordo que había encontrado uno de sus ayudantes en un libro viejo cuando lo estaba encuadernando. El ejemplar hizo un buen trayecto, mostrándose muy animado al salir del sobre. Yo lo acomodé en una caja, en un ambiente cálido y silencioso, con unos trocitos de papel de un Boethius de la imprenta de Caxton y de la hoja de un libro del siglo XVII. Se comió una pequeña porción de la hoja pero, ya fuese porque había demasiado aire puro, por la desacostumbrada libertad o por el cambio de alimentación, se fue debilitando poco a poco y murió en cosa de tres semanas. Sentí mucho perderlo, y me lancé a verificar su denominación mientras se encontraba aún en buen estado. El señor Waterhouse, del Departamento de Entomología del Museo Británico, lo examinó amablemente antes de que muriese y dictaminó que se trataba de una *Æcophora pseudopretella*».

Como este pasaje encontrará el lector otros muchos, que le mantendrán entretenido hasta el final.

Es chocante que el editor le haya pedido a uno este prólogo, porque como saben mis amigos más cercanos y seres queridos a mí, al menos de unos años a esta parte, ya no me gustan tanto los libros como me gustaron, sobre todo desde

que descubrí que a veces los libros son el primer enemigo de la poesía y de la literatura, que es lo mismo que decir que son los enemigos de la vida. Aún los sigue uno buscando y leyendo, tanto si son viejos como si acaban de publicarse, y muchos de ellos conservándolos, cierto, pero sabiendo que los libros debieran hacer ociosos en nosotros los libros.

Yo mismo me debato, pues, sin saber si he de seguir buscando más libros viejos y nuevos o si, por el contrario, con releer los que tengo sería suficiente.

Si un libro no se lee, no vale la pena que lo conservemos, y vale eso para el más modesto de los libros de bolsillo y para la Biblia Complutense. «Libro que no has de leer, déjalo correr» ha repetido uno otras veces. Decía con mucha gracia Gómez de la Serna que el Rastro de Madrid era (al menos en el tiempo en que escribió el libro que le dedicó, la década de 1910) el lugar donde aparecían libros ilegibles. Paradójicamente fue también, sesenta y tantos años después, el lugar en el que encontramos los libros del propio Gómez de la Serna, el único, por lo demás, donde hubieran podido encontrarse por entonces, ya que ni se habían reeditado ni quedaba ninguno en las librerías de nuevo.

¿Leeríamos los libros de los que habla Blades? Demos por descontado que pudiéramos hacerlo en el latín en que están compuestos o en el inglés primitivo de la época de Caxton, ¿de verdad que serían los libros que querríamos leer? Es uno sensible, desde luego, a la belleza de una página bien compuesta e impresa, pero si no entendemos qué quiere decir es como si nos pasaran una partitura, no sabiendo música.

No nos dice nunca Blades si los libros que tanto ama le gustan o no, si vale o no la pena leerlos, ni siquiera por qué debemos conservarlos. ¿Leen los bibliófilos los libros que acopian con tanto afán y cuidan con tanto mimo? ¿Los conservaremos como unas ruinas informes?

Al final de su vida Juan Ramón Jiménez, el poeta que más gustaba de los libros bien hechos tipográficamente y el que

hizo algunos de los mejores de su tiempo, señaló un pequeño poema de Miguel de Unamuno como una de las cinco cumbres de la lírica en castellano. Se halla ese prodigio de hondura en su *Cancionero*, y se titula por su primer verso: «El armador aquel de casas rústicas». Se cuenta en ese poema la escena en la que Jesús de Nazaret viene, caminando por las aguas, al encuentro de sus discípulos, a quienes empezó a hablar con palabras que eran «semillas aladas», «hasta que al fin cayeron en un libro/ ¡ay tragedia del alma!». Y si eso son los libros mejores, una tragedia del alma, ¡qué no serán todos los demás!

De momento en ellos, los buenos y los malos, los viejos y los nuevos, están las «aladas semillas», esperando el día en que se liberen de nuevo y se hagan poesía viva, inmaterial, cumplida.

William Blades escribió este tratado para ayudar a conservar los preciosos cofres, algunos en verdad bellísimos y raros, donde duermen tales semillas, advirtiéndonos de enemigos y asechanzas, mientras esperan «del salón en el ángulo oscuro». Porque un libro, como el arpa, si no se pulsa, es sólo papel muerto.

Se refería uno antes al tiempo y al uso. No diría nunca que ni el tiempo ni el uso sean los enemigos del libro, aunque contribuyan siempre, y a veces más que nada, a su desaparición. También son el tiempo y el uso los que los embellecen y revisten de dignidad y nobleza. ¿Hay algo más hermoso que ese libro que sabemos ha pasado ya por muchas manos a lo largo de los años, sobreviviendo a mil avatares, muertes, herencias, almonedas, reventas, metidos siempre en una rueda que gira y gira incansable como la propia vida? Y por el contrario, ¿hay algo más triste que un libro que no se lee?

Fernando Zóbel fue un filántropo ex alumno de Harvard, a quien su universidad nombró patrono de la última de sus bibliotecas, precisamente aquella a la que irían a parar todos los libros de las otras bibliotecas que no habían sido pedidos en préstamo o consultados en los últimos cien años. Habilitaron para ello una biblioteca subterránea, por cuyos pasadizos los

bibliotecarios se deslizan con patines y botellas de oxígeno, pues, se me olvidaba decir, conservan allí los libros al vacío como la compota.

Si los consejos que da Blades son para que los libros sigan vivos mucho tiempo, bienvenidos sean. Si lo son, sin embargo, para que adquieran la prestancia de una de esas bibliotecas de *college* oxoniense que gustan tanto a los del cine, con su gótico aspecto de venerables bibliogeriátricos, mejor sería darlos al vacío, quiero decir al olvido. Porque si los libros no son criaturas vivas, ¿para qué querríamos su compañía?

Yo con este que vas a empezar a leer he pasado una tarde de lo más grata. Y aunque no tenía cerca un fuego, me pareció sentir cerca de mí las llamas de la amistad y del cuidado, el verdadero argumento de estas páginas.

INTRODUCCIÓN

Richard Garnett

Doctor en Leyes

ESE PRECEPTO que reza «Ama a tus enemigos» no se formuló para que lo aplicáramos a los enemigos de los libros, pues un enemigo de los libros nunca es un adversario individual: es un *hostis humani generis*. El valor de los libros, al igual que el de tantas otras cosas, puede verse hipertrofiado por la superstición. Estamos habituados a hablar de ellos como si fueran, en sí mismos, la sabiduría o el genio, cuando no son más que los recipientes que los contienen. No son la miel de la colmena humana, sino las cuevas del tesoro en las que aquélla se almacena. El autor es la analogía de la abeja. Pero incluso con un punto de vista tan restringido su función es tan *importante* que destruirlos es un crimen de *lèse-humanité*, y no se sabe de nadie que haya anunciado su destrucción como principio sólido en sí mismo, si exceptuamos al califa Omar. Incluso él, si es cierto el famoso *bon-mot* que se le atribuye, se mostró dispuesto a salvar un libro: si hubiera vivido uno o dos siglos más, habría descubierto que al indultar al Corán autorizaba la creación de un corpus literario considerable, pues el número de exégesis que existen actualmente sobre el Corán no es pequeño. ¿Qué habría sucedido si hubiera sido necesario demostrar que toda la historia, la geografía, la astronomía y todos los demás saberes que precisa el hombre, se difundían de manera implícita desde ahí?

Ninguna figura que tenga el porte del destructor de la Biblioteca de Alejandría, blandiendo –como el espectro de Fawdon¹– una viga en llamas cuya luz se derrama con el paso de los siglos, ocupa un puesto de honor en el libro del señor Blades. Al contrario: se asemeja más bien a la de aquel poeta

que suplicó: «Ahora, Musa, cantemos a las ratas», tras haber apartado a los ratones por no estar a la altura de la dignidad del asunto. Los adversarios que él enumera son el Fuego, el Agua, el Gas y el Calor, el Polvo y el Abandono, la Ignorancia, la Polilla, otras Plagas, los Encuadernadores y los Coleccionistas. A éstos puede añadirse otro, los Intereses Oscuros, que no pueden clasificarse bajo el epígrafe de Ignorancia, pues ignorantes no son: saben bien que la existencia de los libros es incompatible con la suya. Un tema curioso, para investigarlo, sería comprobar si todos esos intereses cuyo poder a la hora de mutilar libros valiosos e impedir su difusión –en ocasiones hasta que ya es demasiado tarde para que el mundo aproveche sus beneficios– está por desgracia fuera de toda duda, cuántos de esos intereses, decía, han conseguido su propósito de destruir de verdad cualquier obra de verdadera importancia para la humanidad. Ese número nunca escrito es, con toda seguridad, enorme: pero no es posible asegurarlo basándose únicamente en la naturaleza del caso, y la pérdida de una causa como ésta sería inestimable en toda la amplitud del término. No obstante, es posible que llegáramos a la conclusión de que el libro que una vez escribió alguien otro logró imprimirlo, y lo hizo seguramente en medio de un secretismo tal que lo mismo habría dado dejarlo en manuscrito. Bastante más dañino fue el efecto que tuvo la presión ejercida sobre los libros que aparecían con el permiso de una autoridad, emasculados por ésta o bien por el propio autor. Tanto si los censores consiguieron suprimir un libro valioso como si no, es bien cierto que nunca consiguieron eliminar uno que resultara pernicioso.

Estas especulaciones podrían resultar extrañas al espíritu pacífico y amable del señor Blades, un hombre desprovisto de hiel y mal dotado para transitar por cualquier sendero de controversia en el que haya más espinos de los que encuentra uno al definir un folio o fechar un Caxton².

En esto Blades era formidable, no sólo por una habilidad natural suya sino por su conocimiento práctico de los misterios

And of my Wyf the passynge cruelte
 Were I Inbounde also mot I the
 I Wolde neuer este come in the snare
 We Weddid men lyue in sorow and care
 A say who so wol and he shal fynde
 That y say soth be saint Thomas of Inde
 As for the more part I say not al
 Godz shilde that it sholde so be fal
 A goody sir oost I haue Weddid be
 Thise monethis two and nomore parde
 And yet I trow be that hath al his lif
 Weddid be though men Wolde hym Wyf
 Into the herte ne coude in no maner where
 Telle so muche sorow as I now here
 Coude telle of my Wyues cursidnes
 Now quod our othe marchaunt so gody you blisse
 Syn ye so mykil kome of that art
 Ful hertely I pray you tel vs part
 Gladly quod he but of myn owen fore
 For fory herte I telle may nomore

Here endith the prolog.

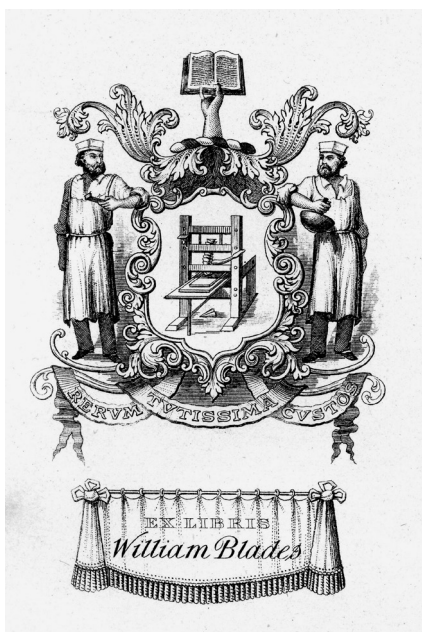
And begynneth the Marchauntis tale.

Som tyme ther was duellynge in lumbar dye
 A worthy knyght that born was at pauy
 In whiche he liuyd in greet prosperyte
 And he. peer a wyfles man was he
 And folowyd his bodily delyte
 On women was his hool appetyte
 As don thise folis that ben seuler

de la impresión, capacidad que rara vez poseen los bibliógrafos. Era capaz de negociar y estaba dispuesto a recibir golpes duros, pero su espíritu amable hubo de alegrarse cuando encontró en los «Enemigos de los libros», que es como él había concebido y tratado el tema, el contenido perfecto para que todo el mundo pensara como él. Nadie, ni siquiera en esta etapa de rehabilitaciones, es capaz de constituirse en defensor de ratones y gusanos. Si alguien se aventurase a criticar el método del señor Blades, sólo cabe objetar una cosa: si no podrían englobarse las demás formas de hostilidad por él tratadas –con la excepción del daño que provocan todos estos adversarios zoológicos– bajo el epígrafe de la Ignorancia. La Ignorancia confunde al encuadernador pecador, al que tan severamente reprende el señor Blades; la Ignorancia (cuando no es la necesidad) es lo que expone a los libros a los efectos destructivos del gas; la Ignorancia no ve que la ventilación es necesaria; la Ignorancia alaba un libro por su cubierta o lo sacrifica, ya se trate del «oro cargado de polvo»³ de un Caxton o de una obra realmente valiosa en una edición corriente y barata. El señor Blades, por su parte, ha rescatado algún Pynson⁴ que iba camino de la lechería para envolver mantequilla; y nosotros, por la nuestra, hemos salvado los últimos versos de Emily Brontë –seguramente el más noble poema escrito por una mujer en lengua inglesa– de un libro medio roto porque, la verdad sea dicha, a juzgar por su aspecto externo tenía poco que decir. Hay otro tipo de ignorancia que, seguramente, contribuye a preservar los libros: esa afectuosa arrogancia que impulsa a una persona a atribuir una rareza increíble a un libro del que no ha oído hablar ninguno de los que le rodean, o una inmensa antigüedad a cualquiera que no llegue ni a la edad de su abuelo. Hay muchos libros, sobre todo en Estados Unidos, que se han conservado gracias a estas simpáticas ilusiones, pero por desgracia su existencia ofrece, en la mayoría de los casos, escaso beneficio.

Tanto si el tratado del señor Blades podía haber sido más completo o más filosófico, como si no, resulta indudablemente

práctico y todos sus preceptos merecen una respetuosa atención, sobre todo los que se refieren al calor o a la ventilación. Las polillas de los libros están ya casi extinguidas en este país privilegiado, igual que los lobos (aunque se han visto algunos importados de Candia); y contra los ladrones de libros no hay más remedio que la llave y el candado. Los enemigos espirituales de la literatura en estos tiempos no cumplen su propósito ni destruyendo buenos libros ni multiplicando los malos, y el momento presente no es la mejor ocasión para tratar con ellos. Y para despedirnos como al señor Blades le hubiera gustado, en buenos términos con todo el género humano, concluiré con una observación: todo esto podría haberse dicho incluso de aquellos otros enemigos de los libros que, sin intención, han contribuido a que aumente la raza de los bibliófilos, ya sean buscadores o vendedores de libros. Si los libros siempre hubieran recibido el cuidado y la atención que tenían que recibir, la ocupación de esta interesante clase social estaría tan extinta como la de Otelo. De la Biblia de Gutenberg existirían doscientos cincuenta ejemplares, más o menos. Los Caxton serían numerosos y perfectos y estarían en excelentes condiciones. Para encontrar una rareza uno tendría que recurrir a curiosidades como una impresión única en vitela o un ejemplar especial, preparado para su presentación en alguna ocasión extraordinaria.



Portadilla de la edición original de
The Enemies of Books, 1880

LOS ENEMIGOS DE LOS LIBROS

Contra la biblioclastia, la ignorancia
y otras bibliopatías

I. EL FUEGO

Bibliotecas destruidas por el fuego - Alejandría - Destrucción de los manuscritos de San Pablo, su valor - Libros cristianos destruidos por los paganos - Libros paganos destruidos por los cristianos - Libros hebreos quemados en Cremona - Libros árabes en Granada - Bibliotecas monásticas - La biblioteca de Cotton - Las revueltas de Birmingham - La biblioteca del doctor Priestley - Los libros de lord Mansfield - Cowper - Bombardeo de la biblioteca de Estrasburgo - Incendio de la Colección Offor - Los daños de la biblioteca de la Iglesia Danesa - Biblioteca de la Corporación de la City londinense.

MUCHAS HAY entre las fuerzas de la naturaleza que tienden a dañar los libros, pero no hay ninguna que sea ni la mitad de dañina que el Fuego. Resultaría tedioso elaborar aquí una lista –aunque no hiciéramos más que citarlos– de las numerosas bibliotecas y los tesoros bibliográficos de los que, de un modo u otro, ha tomado posesión el Rey Fuego. Conflagraciones fortuitas, fanáticos incendiarios, hogueras por orden judicial y hasta estufas domésticas han contribuido a lo largo de la Historia a adelgazar tanto los tesoros como los desechos de los tiempos pasados, hasta que probablemente sólo ha quedado en pie una milésima parte de los libros que fueron. Esta destrucción, no obstante, no puede considerarse como una pérdida sin más: de no haber sido por «el fuego purificador» que ha retirado montañas de basura de nuestro entorno, se hubiera impuesto la necesidad de aplicar medidas destructivas severas para dejar sitio libre en los lugares donde se almacenan nuestros volúmenes.

Antes de la invención de la imprenta los libros eran relativamente escasos y, sabiendo como sabemos lo difícil que es –incluso ahora, que la prensa lleva ya más de medio siglo